

PSICOANÁLISIS: LA PROFESIÓN IMPOSIBLE

Janet Malcolm

Editorial Gedisa, Barcelona, 2020

Psicoanálisis: la profesión imposible vio la luz a principios de los años ochenta y en su mayor parte se divulgó a través de artículos publicados en *The New Yorker*, periódico en el que su autora trabajaba. Nos parece interesante retomar su lectura y reflexionar sobre nuestra profesión tras estos dos últimos años de pandemia, en los que hemos tenido que replantearnos nuestra forma de trabajar. Tal vez por esto ha sido reimpresso este libro en España, en julio del 2020, por suerte, un año antes del fallecimiento de la autora.

Janet Malcolm nació en Praga, en 1934, en una familia acomodada que emigró a los Estados Unidos cuando ella tenía cinco años. Su padre, Josep Winn, psiquiatra de profesión, era también escritor y hacía gala de un estilo satírico y cómico que ella ha continuado. El hecho de que fuera psiquiatra facilitó muy probablemente a Janet el acercarse al psicoanálisis y tal vez por ello le dedicó a su padre este primer libro. Con su hermana Marie Winn, escritora y periodista también, comparte la sensibilidad y el compromiso social. Marie se dedicaba a la observación de aves y exploró el impacto de la televisión en los niños pequeños.

La joven Janet escribía en *The New Yorker* antes de publicar su primer libro, *Psicoanálisis: la profesión imposible*, que fue elogiado por psicoanalistas como una introducción fiable a la teoría y la técnica psicoanalítica. El propio Peter Gay, estudioso de Freud, dice que, frente a otros textos más solemnes, esta obra tiene la ventaja de ser divertida además de informativa y, en su reseña del *New York Times*, Joseph Edelson destacó su mirada aguda sobre las superficies (ropa, discurso y mobiliario), su ingenio, su implicación y cómo va ins-

truyéndose cuidadosamente en la literatura técnica e involucrando a un psicoanalista como Aaron Green en un simulacro de encuentro psicoanalítico.

Esta obra la llevó a una segunda, *En los archivos de Freud*, publicada en 1984. Aquí la relación con su interlocutor no fue tan afable. Jeffrey Moussaieff Masson, antiguo director del proyecto de los Archivos de Freud, la demandó por difamación al haber citado en el libro unos comentarios hechos en privado cuya publicación, en opinión de Masson, le había desprestigiado; por ejemplo, que se había autodenominado «gigoló intelectual», que quería convertir la finca de Freud en un paraíso de «sexo, mujeres y diversión» o que afirmaba que era «después de Freud, el mayor analista que jamás haya existido». Tras una década de procedimientos judiciales, un jurado falló a favor de Janet Malcolm.

Es inevitable que la inclinación de Malcolm por los temas controvertidos y su tendencia a insertar creencias y opiniones en sus narrativas le hayan valido numerosos admiradores. Cara Parks, en *The New Republic*, elogió su «estilo profundamente intelectual» y su «agudeza y creatividad»; entre sus detractores, Tom Junod, en *Esquire*, la caracterizó como «una odiadora de sí misma», «egoísta» y «profundamente mentirosa».

Me sentí particularmente motivada a leer el libro de Janet Malcolm por lo atractivo y conciliador que es su título para una psicoanalista y por los comentarios de algunos compañeros: un libro que desmitifica el psicoanálisis, que habla de la dificultad de hacer psicoanálisis, una introducción dinámica a esta teoría, una mirada desde dentro del tratamiento psicoanalítico... En realidad, Janet Malcolm, muy bien documentada, con sensibilidad y agudeza intelectual, hace una simpática descripción de cómo Freud —un genio, como ella lo define— va encontrándose a través de su trabajo clínico con los pilares de la técnica psicoanalítica, pero yo no diría que realmente trata el psicoanálisis con profundidad. El hilo conductor del libro es su conversación con Aaron Green, un psicoanalista que nos habla de sus miedos, sus inseguridades, la idealización del instituto psicoanalítico al que pertenece y sus acuerdos y desacuerdos con

otros psicoanalistas. A través del diálogo con Green en una serie de entrevistas, Malcolm nos introduce en la problemática de una institución, nos muestra su experiencia, no siempre afortunada, con otros profesionales que parecen considerar que, por ser psicoanalistas, son seres superiores que están exentos de conflictos psíquicos.

En este libro, Janet Malcolm comienza describiendo a su compañero de viaje, desde su aspecto físico hasta lo profesional y el entorno en el que trabaja; se adentra en su forma de trabajo, el psicoanálisis freudiano clásico, riguroso, que desdeña cualquier innovación por considerarlas caprichos puestos de moda, que muestra su escepticismo frente a las teorías de Kohut y Kernberg, quienes trabajan con trastornos narcisistas y *borderline*. Igualmente, censura a los teóricos ingleses de las relaciones de objeto, como Winnicott, Fairbairn, Balint o Guntrip, entre otros.

Con todo ello, se va perfilando un profesional peculiar, que se define crítico severo de su propio trabajo, que se siente culpable de los casos que no han ido bien, pero se niega a valorar diferentes teorías que le abrirían su forma de comprender al paciente. Por otro lado, la autora se siente recogida por su interlocutor, como en un «abrigado refugio», aunque a lo largo de la obra mostrará su descontento por no poder hablar de sí misma, como si Green hubiera aceptado hacer las entrevistas a modo de desahogo de sus frustraciones y contradicciones, obligándola a situarse en el lugar de la escucha.

Con sensibilidad e ingenio, nos familiariza con términos psicoanalíticos como la transferencia, para ella el descubrimiento más original y radical de Freud, aunque «destruye de un golpe la fe en las relaciones personales», porque «no podemos conocernos los unos a los otros, nos buscamos a tientas a través de una densa maleza de otros ausentes [...] una horrible especie de predestinación pende sobre cada nuevo vínculo afectivo que formamos». Muestra cómo, en el desarrollo del psicoanálisis, la transferencia va haciéndose un tema más importante y complejo. Destaca que Freud descubre la transferencia como resultado de la actitud inoportuna de su paciente, y de ahí su genialidad: su teoría emerge de su práctica clínica, de cuestionarse y adaptarse a las necesidades del paciente, algo que,

como vamos descubriendo, su interlocutor no parece estar dispuesto a hacer.

Muestra cómo Freud se va encontrando con una serie de dificultades que le hacen comprender algo decisivo: la represión, definida como «una fuerza que originalmente empujaba las experiencias patógenas fuera de la conciencia», y la resistencia, como la contraparte de esta, «que mantenía tales experiencias fuera de la conciencia». Así, dice la autora, «cuando dejó de fastidiar al paciente y le permitió decir todo cuanto se le antojara, Freud llegó a concebir el método psicoanalítico (o tropezó con él)». De este modo informal, nos transmite Malcolm la imagen de frescura, adaptabilidad y genialidad que tiene de Freud, un hombre encantado con su descubrimiento, que, citando a Strachey, inventó «el primer instrumento para examinar científicamente el espíritu humano».

Malcolm repara en que este hablar de lo que quiere el paciente se convierte en la asociación libre, que permite a Freud ver cómo el paciente puede penetrar en los disfraces del sueño, llevándolo del engañoso contenido manifiesto del sueño recordado al profundo contenido latente en el que mora un deseo.

Rescata la angustia, la inseguridad y las dificultades que se va encontrando Freud; cómo, a través de su autoanálisis, descubre «cuán insospechadamente importante es el papel que desempeñan en el desarrollo humano impresiones y experiencias de la niñez temprana». En un tono divertido, la autora nos deja inquietos con el sentido que le da a la tercera vía de acceso al inconsciente, los actos fallidos — las dos primeras son la asociación libre y los sueños —, nos dice que es como traicionarse diariamente, «no hay nada arbitrario o fortuito o accidental o carente de significación en todo lo que hacemos».

Presenta a un Freud crítico con sus opositores y preocupado por los problemas sociales, que protesta contra las represiones demasiado severas de la sociedad en afirmaciones como: «No deberíamos exaltarnos hasta el punto de olvidar por completo lo que es originalmente animal en nuestra naturaleza. Ni deberíamos olvidar que la satisfacción de la felicidad del individuo no puede borrarse de los objetivos de nuestra civilización». La autora considera al psicoa-

nálisis un sistema de pensamiento sobre la naturaleza humana que estalló en la vida intelectual, social, artística y cotidiana del siglo xx, lo compara con la revolución cristiana y rescata la línea preferida de Freud, situándose a la altura de Copérnico y Darwin: Copérnico mostró que la Tierra no era el centro del universo; Darwin, que el hombre no era una creación única; y él, que el hombre no es ni siquiera el amo de su propia casa, algo que ya es más difícil de aceptar para la mayoría de nosotros.

En este punto la autora percibe que el psicoanálisis se bifurca, por un lado, hacia fuera, hacia la cultura. El pensamiento psicoanalítico hace incursiones en la psiquiatría, en la filosofía social, la antropología, el derecho, la literatura, la educación y la crianza de los niños. Por otro, mira hacia el interior, que es la vertiente que a ella le interesa; vislumbra que la técnica psicoanalítica no es tan sencilla como ella pensaba y describe esta técnica como el producto de las prácticas, los cuestionamientos y los cambios que va realizando Freud en su relación con el paciente, mostrando a un Freud capaz de escucharse, aceptar sus limitaciones, respetuoso y amoroso con el paciente.

La autora nos guía a través de la evolución de las teorías de Freud hasta la segunda tópica, nos habla del Yo, del Ello y del Superyó para detenerse en las distintas orientaciones: los que ella llama ortodoxos, que consideran al adulto reviviendo y representando el drama edípico, y los vanguardistas, que hablan de la falta o el trauma vividos en los primeros años. Aquí comienza a considerar la importancia de los mecanismos de defensa, la contratransferencia y la situación analítica para centrarse en las aportaciones de Leo Stone, psicoanalista estadounidense al que la autora se siente más cercana por su concepción humanista; resalta el recelo que Stone muestra respecto a determinadas técnicas psicoanalíticas, la normalización que hace de las perturbaciones, y nos describe sus aportaciones teóricas, como la transferencia primordial.

A continuación, se perfila la relación con Aaron Green. Se centra en su formación psicoanalítica en el Instituto Psicoanalítico de Nueva York, al que se acerca huyendo de la facultad de medicina por el trato que se les daba a los pacientes.

A Green le alivia el análisis personal, «hecho central e inflexible de la formación analítica». Se echa en falta, en este punto, que no recuerden que fue un requisito que propusieron Freud y Ferenczi tras sus conflictos, muchas veces actuados, durante su práctica clínica. En la conferencia que este último dio en Madrid en 1928 decía que la condición *sine qua non* es el conocimiento y la observación de uno mismo a través del análisis personal; fue más tarde cuando dio importancia a que el análisis sea conducido por otro.

La idealización que Green hace de la institución, cómo se adhiere a las corrientes propias del Instituto Psicoanalítico de Nueva York, ensalzando curiosamente la actitud rigurosa y despiadada de su analista didáctico, nos hace intuir un adoctrinamiento que le limita en sus capacidades como analista y echamos en falta la transmisión de diversas teorías, que es lo aconsejable para un psicoanalista. En 2004, en el 43.º Congreso de la IPA, se dijo que la concepción acrítica frente a determinados modelos conceptuales, debido a factores dependientes del momento evolutivo de una disciplina y de los vínculos con objetos de identificación, no rara vez genera distorsiones en el proceso de transmisión, perdiendo la posibilidad de confrontación de las teorías con los hechos. Sugerían allí que la enseñanza del psicoanálisis debe tender a estimular la función teorizante antes que la adhesión a determinadas teorías. En el estudio que se presentó se fomentaba la enseñanza de varias teorías en la formación, algo que estimula el pensamiento e incentiva el desarrollo individual de las capacidades teóricas personales.¹

A lo largo de la obra, Aaron Green nos muestra sus contradicciones y su visión despiadada de la institución, su jerarquización e infantilización. Esto no es nuevo, ya Kernberg, en 1996, enumeraba aspectos de la formación que se da en los institutos psicoanalíticos que fomentan e inhiben la creatividad de los candidatos en su trabajo. Y Del Olmo² habla del riesgo de *babelización*, ligado al aislamiento de los analistas y de las instituciones o a la mala gestión del narcisismo de las peque-

¹ H. Ferrari *et al.*, «El papel de las teorías en la transmisión del psicoanálisis», *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, vol. 25, n.º 1, 2003.

² A. del Olmo, «El psicoanalista contemporáneo, la formación y los encuadres. Reflexiones sobre la formación psicoanalítica», *Revista de Psicoanálisis* 34(85), 2019.

ñas diferencias que dificultan el desarrollo individualizado del candidato, de su capacidad teorizante y de su creatividad.

Tras conseguir un puesto administrativo en el Instituto, no sin contradicciones, Green le discute a Janet la idea de que los psicoanalistas, por estar analizados, funcionen con mayor sensatez en las instituciones. Con honestidad, Aaron Green le hace ver que la pequeña ventaja de estar analizado se da exclusivamente en la consulta.

La autora denuncia la inaccesibilidad con la que se encuentra al intentar profundizar en la formación del Instituto, con manejos que ella considera perversos por parte de otros psicoanalistas que dificultan y bloquean su investigación. Todo ello deja en el lector una idea de oscurantismo sectario de la sociedad psicoanalítica. Sabemos que las instituciones y, por supuesto, también la institución psicoanalítica como espacio psíquico de regresión, no se diferencian demasiado de las dinámicas tribales e infantiles, como ya apuntó Freud. En el seno de las instituciones funcionamos como salvajes, neuróticos o niños, precisando un tótem que represente la unión del grupo y un tabú que lo marque como prohibido. Este tótem, en el caso de los institutos psicoanalíticos, es el modelo de formación.³

A lo largo de las entrevistas con distintos psicoanalistas, Janet Malcolm retrata a unos personajes austeros, a veces ininteligibles, endogámicos en sus relaciones sociales y con cierta aura de superioridad. Muchos autores están en contra de esta actitud. El propio Freud fomentaba la diversidad y amplitud de intereses más allá del psicoanálisis, el estudio de la literatura, la biología, la historia, la filosofía, la arqueología... Porque es con esta amplitud psíquica y con humildad como un psicoanalista puede conseguir un buen encuadre interno.

Cuando Janet Malcolm comenta a Aaron Green su idea de que los analistas son una especie de santos, este le habla de compañeros que transgredieron las normas de la comunidad analítica y fueron castigados. Aquí se detienen para entender los conflictos que tuvo Freud en el caso Dora, cómo le sirvió para avanzar en su técnica, y profundizan en los riesgos que corre el analista. A veces, dando por

³ F. J. Montejo, «El modelo de formación: tótem y tabú de la institución psicoanalítica. Una aproximación teórica», *Revista de Psicoanálisis*, 34(85), 2019.

ciertas sus intuiciones, la autora llega a hacer interpretaciones un tanto aventuradas, como atribuir a la supuesta monogamia de Freud la excitación que este podía experimentar en su trabajo cotidiano. Malcolm consigue que Green se vaya abriendo y nos hable de su resistencia a las tentaciones, de sus fantasías, entendiéndolas desde la contratransferencia para no llegar a la actuación. Queda claro para el lector el riesgo que supone este trabajo y cómo el psicoanalista debe estar continuamente revisándose en su labor terapéutica.

Aunque no estemos de acuerdo con su forma de trabajar, agradecemos que Aaron Green se muestre tan abierto al relatarnos su experiencia con los dos casos supervisados para su formación, en los que utiliza la abreacción, un proceso que para Ferenczi, en 1928, ya estaba muy superado. Green piensa que lo correcto es indicar al paciente que se está absteniendo de pensar y de sentir ciertas cosas, ofreciendo una visión simplista y poco realista de la realidad del psicoanálisis actual e insistiendo en el cumplimiento de deseos infantiles.

El entrevistado habla de sus limitaciones personales, de cómo estas le condicionan —diciendo, por ejemplo, que no pueda trabajar con psicóticos— y, a la vez, le llevan a abrazar el psicoanálisis, algo que deja al lector con la sensación de cierto pesar. Malcolm nos muestra a alguien distante, falto de bondad, sensibilidad e intuición, con poca disponibilidad para soportar la espera, el no saber, las proyecciones —a veces masivas— del paciente y que no tiene en cuenta las reacciones del psicoanalista, que tiene que hacer algo con todo ello, dar sentido a lo que aún no lo tiene, tanto en el paciente como, incluso, en el psicoanalista. Es lo que Antón del Olmo llama *regrencia*, que es lo que se espera de un psicoanalista.

Tratan la analizabilidad con cierta limitación por parte de Green al pensar que solo puede trabajar con pacientes neuróticos y por su dificultad para adaptarse a las necesidades del paciente, desestimando las concepciones de otros autores a las que considera simples, incluso herejías. Aquí la autora se da cuenta de que a su interlocutor le molesta la admiración que ella muestra por los procedimientos de Winnicott; Aaron Green prefiere dejar casos en la incomprensión y

la oscuridad, mostrando una clara falta de curiosidad por otras técnicas psicoanalíticas que no considera clásicas.

Este discurso es un vivo reflejo de una de las advertencias de Otto Kernberg,⁴ quien de forma irónica decía que «el verdadero analista solo debe desear hacer psicoanálisis, experimentar la libertad de trabajar en su consultorio con pacientes de análisis, y debe ser contrario a diluir el verdadero trabajo analítico aplicándolo a otros aspectos de su trasfondo cultural, como llevar a cabo trabajo psicoterapéutico con pacientes gravemente regresivos, o con niños, o participar en ocupaciones académicas fuera del encuadre psicoanalítico, realizando investigación, asumiendo liderazgo institucional o participando en las artes», algo que, por desgracia, se sigue promoviendo en determinados institutos psicoanalíticos.

Aaron Green va desvelando sus muchas contradicciones; idealiza y envidia a muchos de sus colegas, lo que le impide evolucionar con ellos. Se muestra rígido en su técnica, sin tener en cuenta la complejización de las teorías y la diversidad de visiones desarrolladas desde los años veinte. Genera cierta tristeza en el lector por su amargura y su destructividad, tanto consigo mismo como con los demás, lo que le lleva a somatizaciones. Espero que a lo largo de los años haya podido evolucionar y comprenderse mejor para poderlo hacer también con sus pacientes.

En su empeño por mostrar la humanidad de Freud, la autora roza lo absurdo. No toma en consideración el contexto sociocultural en el que vivió y desacredita su técnica. Se echa de menos un análisis del contexto social y cultural en el que se desarrolló la teoría y la técnica del psicoanálisis. Muestra una actitud bastante reduccionista (el psicoanalista se limita a escuchar al paciente) y se permite hacer juicios de valor sobre la forma en que se verbalizan las interpretaciones, que, sacadas de contexto, quedan empobrecidas. Como lectora y psicoanalista me entristece que se dé una visión tan simplista del tratamiento, como análisis de la resistencia, y que no se valore la humildad, honestidad, apertura de mente y curiosidad que tenían Freud

⁴ O. Kernberg, «Treinta métodos para destruir la creatividad de los candidatos a psicoanalistas», *Libro Anual de Psicoanálisis*, vol. XIII, 1996.

y otros autores posteriores en contraposición con el analista que ella ha elegido para acercarse al psicoanálisis.

Da por válida la forma de trabajar de su interlocutor, psicoanalista norteamericano que se posiciona muy por encima del psicoanálisis que se practica en cualquier otra parte del mundo. En sus palabras, desprecia «la laxitud y chapucería de los análisis en Gran Bretaña, Europa y Sudamérica», sin reparar en que esta línea tan sesgada es la que ella está apoyando. Vemos a un psicoanalista muy limitado, que restringe su propia capacidad intelectual al abrazar exclusivamente la tendencia y la dinámica de su instituto psicoanalítico.

El valor de esta obra es la sensibilidad y el interés con el que se acerca la autora a una teoría y práctica que sigue siendo, por ahora, muy desconocida. Nos hace cuestionarnos a los psicoanalistas por qué no acercar la teoría y la técnica a la mayoría de la población, lega en esta forma de entender el psiquismo. El hecho de que no sea accesible en universidades y servicios públicos explica su sectarismo y la poca accesibilidad de esta teoría para la sociedad. La intención de Freud en 1918 era generar un programa de formación que se articulara en torno a una psicoterapia para las masas, crear una clínica gratuita accesible a todas las capas sociales y extender el tratamiento a otras psicopatologías, más allá de la neurosis. El modelo que él pretendía que adoptaran todas las instituciones psicoanalíticas se componía de tratamientos, enseñanza e investigación. Dicho modelo fracasó y se redujo a la enseñanza; hasta ahora no se ha considerado retomar elementos fundamentales como el tratamiento y la investigación.⁵ Debemos plantearnos todo lo que hay que cambiar para subsanar tanta deficiencia. Pero el hecho de que las instituciones de formación psicoanalítica tengan carencias y conflictos por resolver no le quita valor al psicoanálisis como la ciencia más precisa y eficaz para entender el dolor del ser humano y su funcionamiento psíquico.

Inmaculada Delgado Pérez

⁵ F. J. Montejo, cit.